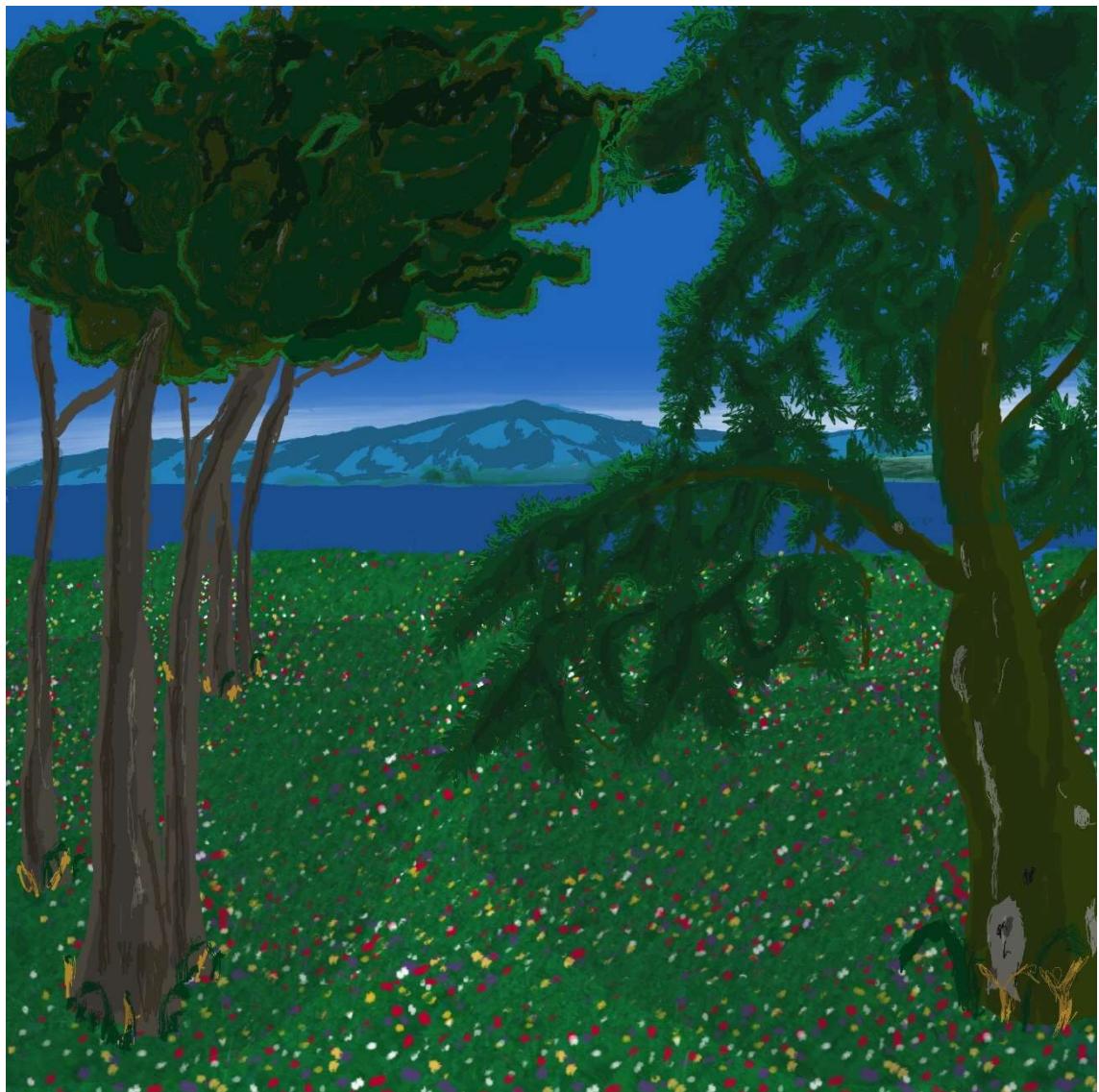


MANEO

Rafael Arenas García



“μὴ μὰν ἀσπουδί γε καὶ ἀκλειῶς ἀπολοίμην”

“Que al menos no perezca sin esfuerzo y sin gloria”

Ilíada, canto XXII (trad. de E. Crespo Güemes)

I

La città dolente

Una mano pequeña
te agarra como ancla;
es tan sólo un recuerdo
en la fría mañana.

Otros recuerdos vienen,
son los que te acompañan
desde aquel otro día,
gris memoria lejana.
Otra mano a lo lejos
que por ti se agitaba;
El asesino azul
tranquilo te aguardaba.
Pero antes las piedras
con sangre han sido untadas.

Él quedó en el camino,
su mirada en tu alma.
Ahora la estás viendo,
aquí, en esta mañana,
definitiva, ardiente,
caótica y extraña.

La sal seca la boca,
la ropa está mojada,
horizonte lejano,
olas contralas tablas.

Regresabas del campo
cuando viste las llamas
cuando oíste los gritos,
tu nombre pronunciaban;
un silbido en el aire
te trajo la desgracia.
Aceptas el periódico
que en el metro regalan
te aprietas contra tantos
que el mismo aire exhalan.
¿Acaso hay diferencias

entre los que para vivir trabajan?

Uma mano en el culo,
tragas saliva, pasas.
Los ojos distraídos
se fijan en su cara.
Guapa, morena, pálida.
Le clava la mirada,
ella también le mira,
parece contrariada.
Quiero olvidar su gesto
cuando el café tomaba,
y el sabor de su piel
cuando con él follaba.
Hoy acabo el informe
y hago ya la llamada.
Si estamos a primeros,
otro mes sin la paga,
cogeré los ahorros
para el envío a casa.
Es guapo el tío negro,
lástima que no vaya
al bar en el que entro;
que baje en mi parada,
le sigo, me lo cruzo,
caída de pestañas.
¿Y el móvil, dónde está?

Como cada mañana
entra en la habitación,
igual que la dejara
el día de desgracia;
bueno, hecha la cama.
La arregló el mismo día
al regresar a casa.
Vio en la mesita el móvil
que entonces olvidara
encendido y abierto;
y que ahora muerto también estaba.

En el Cielo tus hijos
están, a ti te aguardan.
Grita y golpea airado
ante las cajas blancas,
blancas como el metal

del cajón en que viaja.
De pie echa la cuenta
de lo que aún le falta
para acabar el pago
de la pierna moderna
que a su hija regala.
Sabe que allá muy lejos
ella por ella aguarda.
Ahora busca sombra
donde antes jugaba
¿Cuánto dinero cuestan
de un pájaro las alas?
Las manos en los guantes,
todo fluye y encaja,
incluso el traqueteo
con su mente acompasa.
Tranquilo en su palacio
goza de la mañana.
De nuevo han fracasado
los que la paz pactaban.
Superficial artículo,
por algo lo regalan,
luego lo mirará
en...
...y todo estalla.

Sí que es malo el café
del bar de la parada;
pero ella que no tiene
se siente como en casa
entre ruido de trenes
y churros en la barra.
De repente el estruendo
y el mundo que se acaba.
No te puedes mover,
estás petrificada.
El bar es un dibujo
de rostros sin palabra.
Tiras del compañero,
hacia el andén avanzas.
Del túnel salir ves
el primer cadáver de la mañana.
Rojo, azul, alarido;
del infierno la entrada.
Tienes que ir, ahí.

Oscuro alrededor,
agua y sangre en la espalda.
Echa en falta su guante,
la mano que guardaba
y el brazo que movía
el mundo en que gozaba.
Fulgores de linternas,
una voz que le llama.
Vio el fuego, oyó la bomba;
la chica se quemaba,
su rostro se fundió;
el fuego rojo avanza
hacia él, indefenso,
la llama ya le mata.
En las piernas temblor,
los hierros ella salta,
la sigues, entras, rezas.

El silencio, el dolor;
muerte bajo la carpa.
Lloran y se estremecen
los que en ella trabajan
cuando en un móvil vivo
se oye la llamada
por la que amante, amigo,
padre, madre o hermana
palabras de un cadáver
con angustia reclaman.
Ve la sábana blanca,
encima la tarjeta,
alguien ya la levanta.
Pues sí, ha sucedido
un mundo así se acaba.
Unos ojos cerrados,
sangre seca en la cara,
no más mañanas juntos
perreando en la cama.
Muchos años después
aún recuerda aquella blanca mortaja,
de la que es una copia
la que la luz le tapa.

Llevas en ti la muerte
y un recuerdo en el alma.

El dolor es más fuerte,
sientes como te abraza,
casi te reconforta
en esta hora amarga.
Si tus hijos vivieran...
los sientes a tu espalda,
pronto serán reales;
muerte en vida tornada.
Hoy tiemblan los maestros
que a las cinco aguardan
a los que recogen
esta preciosa carga.
¿Alguno no vendrá?
No aguantan las miradas
que los chavales serios
asustados les lanzan.

Ventana y cielo gris,
tristeza y sobria calma.
Negro deber cumplido
lejos, fuera, en España.
Leve peso de muertos
que a la razón del estado acompañan.
Unos sufren y mueren,
él, un golpe en la espalda.

La estación está cerca,
los pasos no engaña.
Primaveral calor
de la luz en la cara;
fúnebre negra máscara.
Color de la mañana,
que tras ella se oculta,
ven a mí y me regalas
tan solo dos minutos
para ver la muchacha,
perfume penetrante,
que tan suave me habla
con voz entrecortada.

¡Oh, tristes odios imperecederos!

II

Hijos del barro



Mercado

En la mañana fría,
en medio de pirámides
de berenjenas, coles y naranjas;
patatas, lechugas, pimientos verdes;
en medio de puestos que giran,
en medio de fracasos inconscientes;
en medio de sonrisas ladinas,
de gritos desmesurados;
de gruñidos animales
de ropa sin lavar,
en medio del sudor,
de rosas falsificadas;
en medio de la vida,
fragmento entre sangre y estertores.

En medio del mercado
alzo la vista al cielo.

Tras las fachadas descuidadas
se adivinan los retretes y la mierda;
en medio de las pirámides de berenjenas,
de lechugas, coles y patatas;
en medio de los puestos que giran.

En medio de todo eso
siento el cuchillo y la náusea;
y prefiero el cuchillo frío,
el cuchillo afilado;
prefiero la sangre limpia
al pus, al vómito, a los excrementos;
prefiero la sangre como agua fría
a viscosas excreciones.

Lo prefiero.

Todos nosotros

Se arreciman encogollados sobre ocres barras de hierro
y gritarían su tristeza al viento
entre basuras y excrementos;
olor primordial, esencial.
Un cielo oscuro contra el mar inmóvil.
Las noches sin luna todo lo engullen.
Vomitán su negro sobre farolas de luces amarillas,
sobre ciudades de alquitrán y cemento.
El mundo se rasca los piojos apelotonados en su cabeza,
como manadas de cebras
huyendo de uñas grasiñas.
Crecieron, se multiplicaron y movieron,
llegaban hasta el mar y se preguntaban
¿no hay más? y allí esperaban
escondidos en la sombra,
aguardando bajo alambres de espino.
Perdieron el recuerdo del calor de los bosques,
el sabor de la sangre en las manzanas.
Olvidaron el crepúsculo en las tendidas praderas,
el aire en el rostro, el cielo sobre la cabeza.
Escaleras estrechas, letras en los ascensores.
"Sí cabemos, nos apretamos".
Intimidad sobre el linóleo despegado;
cebolla, brillantina y heces;
ojos furtivos, húmedos, indiferentes;
cáscaras que se repelen.
Chabolas con suelo de tierra preceden a las paredes de doble papel,
las ratas quedan atrás y debajo;
resbalan en pulidas tuberías de acero
que llevan el gas a quienes viven encogollados sobre ocres barras de hierro
y mueren en la noche de llamas y explosiones,
despojos dispersos sobre el asfalto.
En días muy tristes y, por desgracia, casi indiferentes.

The migrant

*Just a small suitcase,
words are waves in a wild sea.
Tears are not allowed.*

Un ojo azul

Un ojo azul,
uno tan solo,
perdido su hermano,
reventado en la noche.
Noche de carreras y de gritos,
noche.
Se levantan los brazos en las calles
como hierba bajo el viento y la lluvia,
se levantan.
Se alzan del suelo
y desafían
la oscuridad.
Busca lo negro el azul
de un ojo hermoso
que en vientre obrero
el amor conformó.
Que en barrio obrero creció
y en tardes de primavera
esperó, sintió, vibro.
Ojo que leyó y estudió,
amó y guiñó.
Ojo que aprendió y luchó;
aquella noche
por última vez miró.
Del asfalto nacen las garras
que roban los ojos a las muchachas,
llenan de lágrimas los corazones.
De la ciudad surgen los gritos
que agrisan nuestras voces y las callan.
De los coches salen monstruos feroces
que rompen, pegan, engañan y matan.
La ciudad ha callado
y un ojo solo aguarda
que vuelva su hermano,
perdido en la oscuridad.
No, ojo hermoso,
tu hermano no volverá.
Tú solo has de mirar,
tú solo has de gritar,
tú solo has de acusar,
tú solo has de mirar;
tú solo nos has de guiar.

Tú solo, tú;
Tú serás fanal, tú serás altar,
tú serás signo y señal
tú serás quien ha de despertar
a tantos que duermen y consienten
a tantos que aún no saben
que tenemos que gritar
y que jamás, jamás
se ha de olvidar.

Horroroso padecimiento

El portavoz del Gobierno,
traje impecable, mirada serena;
nos informa y lamenta
de la senadora el padecimiento.
Un horroroso -cruel- padecimiento.

El portavoz del Gobierno,
grave la voz, plateada la barba,
con gesto serio,
a pensar nos invita
sobre cuáles son las causas que explican
este triste evento.

Y reflexiono.

Sobre el hombre ahorcado
en el momento de ser desahuciado;
sobre niños llorando
ante puertas de casas embargadas;
sobre mujeres de húmedos ojos
-mirada al infinito, paso firme-
precipitándose,
vacío el estómago, vacío el corazón,
hacia la inesperada caridad.

Pienso
en quienes han emigrado,
en padres de los hijos separados.

Pienso en los explotados,
pienso en los expulsados.

Pienso.

Pienso en la arrogancia de los expertos
en el Banco Central Europeo,
en quienes mueven la prima de riesgo.

Pienso en quienes han estudiado,
en quienes han trabajado
para ahora verse arrojados
como inútiles trastos
olvidados.

Reflexiono sobre el horroroso padecimiento
y lamento que las vidas de tantos
se hayan extraviado.

Reflexiono en los que nunca pensaron
que la calle en la noche
sería cama y hogar.

Reflexiono
(gracias, señor portavoz del Gobierno)

y lamento
y me emociono
y lloro
como ahora lloras tú
ante este horroroso
padecimiento.

Silencio

El olor del jazmín y la artemisa
se mezcla con sudor, aliento y lana.
Anhelo el cristalino azul del cielo,
la nítida silueta de los árboles,
el tacto puro y simple de las cosas,
unas flores en la mano desnuda,
roces, miradas, caricias furtivas...
Deseo que un día al mundo liberen
de los guantes y las rejas de tela,
de barrotes y sangre en las aceras.
Ahora nos han impuesto el silencio.
La noche no tendrá ya ningún sueño,
el día empezará y acabará
entre niebla y sin deseos.
Permíteme, Señor,
olvidar que en un tiempo
hubo largos paseos solitarios,
hubo risas y encuentros.
No permitas que mi alma recuerde
que tuve años con futuro y sueños.

...

Pero no, mi Señor,
si yo misma renuncio a los recuerdos,
si en esta cárcel dejo de soñar,
si entierro en el olvido lo que fui
¿quién lo podrá cambiar?
Olvida Señor mis pobre requiebros,
consérvame la luz y el corazón,
deja abierto el manantial de esperanza,
que viva en mí la persona que soy.
No permitas que esa esclava ocupe
el antiguo jardín de mis mayores.
Dame las fuerzas para resistir,
valor para a mis hijas enseñar
qué es el cristalino azul del cielo,
la nítida silueta de los árboles,
el tacto puro y simple de las cosas.
Concédemel tiempo preciso para
que gocen de roces, miradas, noches
y caricias furtivas.
Te pido Señor la sabiduría

de convertir mi forzado silencio
en palabra que llegue y que retumbe
en las casas de quienes nos someten,
en las almas de quienes nos abandonan.

...

Mi tiempo ya se agota,
se acumulan las piedras ante mí,
mis gemidos romperán el silencio;
pero tú que me oyes,
jura que mi nombre no olvidarás,
jura que a mis hijas ayudarás,
que olerán el jazmín y la artemisa,
quitarán los barrotes de su cielo,
escucharán sus voces cristalinas,
y en sus vidas rebosarán los sueños.
Y, si quieren, podrán aguardar a la noche
recostadas en el tronco de un roble,
en un recodo del viejo camino,
con la cara desnuda, una flor en la mano
y solo acompañadas por mi nombre y recuerdo.

Palmira

Es la tarde,
las ruinas de Palmira
destellarían bajo las estrellas.
Pero no hay ruinas, ya no las hay.
Gota a gota, la sangre
desciende por los muslos.
Crece y se embalsa
hasta llenar subterráneas ciénagas,
colmarlas y ascender
hacia la oscuridad primordial.
Sal con agua y rubíes,
brillan en el cielo las gotas suspendidas
y caen como lluvia
sobre el solar
que fue una ciudad.
En las calles de Palmira también
hubo dolor y sangre insatisfecha
como ahora la hay.
Envuelven los cadáveres en mantos
que deambulan cubiertos de polvo,
arrancados los ojos,
cerrados los labios, manos segadas,
mundo amputado,
el crimen ancestral.
El dolor es mudo y crece,
crece sobre tierras, sobre ciudades;
se dilata el dolor sólido
que no nos llega.
Un niño muerto al lado del camino
no es ya nada en el mundo...
Pero su padre ¡ay su padre!
Odiará y el dolor
al cielo de rubíes llegará;
desgarrará,
romperá nuestros oídos
en silencio mortal.
Ese desgarro nos hará mirar
las niñas torturadas,
las mujeres cegadas,
los niños enterrados.
Ese día entenderemos
que las ruinas de Palmira

no valen el clítoris de la niña
que indefensa suplica,
mientras una madre,
impotente y vencida,
entre lágrimas grita
la pérdida del gozo que su hija
no podrá ya soñar.

¡Oh, tristes odios imperecederos!

Revolución

Cuelgan cadáveres de las farolas;
hombres, mujeres; brazos y pies desnudos;
jirones de carne azul bajo la lluvia.
Se hace de noche en la ciudad silenciosa,
devoran las llamas papeles y edificios.
Se cierra el día y las puertas son condenadas.
Quedan francas las casas de los muertos
que cuelgan de lo alto de las farolas,
péndulos sobre vómitos y excrementos.
Ya no son nada,
adornos en las aceras de la ciudad,
ojos de cristal, lenguas de cartón;
hay quien aún les espera con amor,
sin saber que sus manos están atadas,
que una cuerda aprieta su yugular,
que ya no son.
Restos de la ira, trigo molido,
uva macerada en el puño de la masa.
Del causante el cadáver las culpas paga
con ese voltear grotesco y lento
sobre sangre y excrementos.
Bajo la luna, algunos
que se acercan y lloran
mientras otros escapan.
Ya nadie se acuerda de quien tensó la cuerda
que en cada farola una persona ahorcó.
Tan solo en esta noche oscura y fría
se aguarda en cada casa, en cada lupanar
que el sol que llegue alumbre
un mundo en libertad.
Un día es lo que tardarán
en descolgar los cadáveres de las farolas
y en sus despachos volverlos a colocar.

Noche negra

La luna ha recorrido
la mitad del camino
hacia la oscuridad.
Entre el Sol y la Tierra
construye una sombra
sobre ríos y bosques.
Una sombra que pronto
a todos cubrirá.
Esa luna que cada día muere
un poco más.
Esa noche que cada luna crece
y se ennegrece.
Ese cielo sin luna, las tinieblas
y gran maldad.
Esos bosques de barro, viento y nieve
donde algunos aguardan
que otro les diga que han de empezar
a morir y a matar.
Los bosques de silencio y humedad.
"¿Fue aquí que la besé?"
"¿Dormí allá, por esa rama trepé?"
La hierba nada sabe de la guerra
que la noche sin luna alumbrará.
Engrasa bien cadenas y engranajes,
que rueden raudos sobre los helechos,
que aplasten margaritas y azucenas,
quebranten los troncos, salven las zanjas,
lleguen a las puertas de las ciudades
y crucen los parques abandonados.
Que nadie sepa que dentro de ellos,
en la panza de esos monstruos grises,
habitan hombres, mujeres... hermanos.
Nadie se ha de enterar
de que, en la oscuridad,
a veces fluyen lágrimas,
limpia y pura piedad.
Cada noche contempla
la luna entre nubes
y ruega que se acabe
su lento reclinar.
¡Detente Luna!
¡Deja ya de menguar!

No quiero que llegue la noche negra
que a punto está ya casi de empezar.

El horror de la guerra

"vi el pequeño solar de nuestras iras,
y vi todas sus cumbres y sus valles"
(Comedia, Paraíso, Canto XXII, traducción de Micó)

y vi el llanto y el dolor que vendrán,
la ira, el fuego y la sangre que llegan
sin que nadie pueda más que aguardar
el golpe, el clavo, la garganta seca.
Y lloré la impotencia y la necesidad
de quienes nos deberían cuidar.

Europa

Oíd hoy mi lamento mirando
a Europa, nuestra triste heredad.
Un regalo de quienes vivieron;
de quienes penaron y murieron
sin disfrutar la hartura y la paz;
de quienes los bosques roturaron,
y los campos de trigo sembraron.
De quienes a la mar se lanzaron
para playas lejanas pisar.
De quienes su alma al diablo entregaron
por robar, violar, asesinar;
de quienes de sangre coronaron
un nauseabundo imperio mundial;
de quienes quemaron y aplastaron
para el hambre a sus hijos quitar.
De quienes las minas horadaron
y los altos hornos encendieron
en valles azules, verdes... negros.
De todos ellos hemos heredado
un trozo de esta roca que da vueltas
y más vueltas en torno al rey solar;
un fragmento de un mundo desdichado
donde ni hambre ni sed hemos sufrido
aquellos que sin mérito hemos visto
la primera luz en este lugar.
Hay tantos que golpean nuestras puertas;
hay tanta miseria, dolor, violencia
hay tanto desgarro en tantos lugares
que resulta difícil soportar
el peso y la responsabilidad.
Son tantos los que nos miran con ira,
fieros y desafiantes, implorantes.
Son tantos los que nos dicen: "moveros".
Son tantos los que aguardan el momento
en el que al fin demos un paso más.
Son tantos los que penden del final
de nuestra molicie y comodidad
que me espanta pensar
lo que yo pensaría
si al norte viera el Mar.

It is always the same

*It is always the same.
Right and evil, fair and tricks;
power and weakness.
A poor man looking down,
bare head, fingers around a crumpled cap.
A woman on her knees,
wrinkled forehead,
cleaning up other's dirt.
A teacher speaks a forbidden tongue,
A man sings a song and waves an old flag,
someone says that privilege has no ground,
freedom within our hearts.
It is always the shame,
the rage and the fury,
the pain in the night,
just at the end of no one's day.
And those who raise their heads,
and those who say "no"
and those few who are able to see
the world that could be,
and the fewest who, without hope,
still know that to bring the light
well deserves the sweat and the fight,
the fools' hate and maybe,
life's end and the dark.*

III

A esta hora, en este lugar



Encuentro

Rojo mar en estanque contenido
se agita, vibra y también enmudece,
te arrastra, te empuja, y suave te mece.
Oyes palabras huecas, sin sentido,
pero no importa, sientes el latido,
poderoso, del gentío que crece,
grita y se calla, parezca que rece.
Música, discursos, ¡qué colorido!
Juntos se sientan el intelectual,
el pensionista, y el dueño del bar,
escuchan, se emocionan por igual.
¿Qué es lo que les trae a este lugar?
En el fondo, un atávico ritual,
el clan, reunido, antes de cazar.

Evidencia

Esto es una roca,
aquellos son los mares.
A la mañana la escarcha cubre flores y coches.
Ya se va calmando el llanto del niño.
Se tiñen de blanco las cordilleras
cuando llega el invierno.
Espera el silbido de la tetera
y sirve humeante su zumo negro.

En ocasiones, lo revolucionario es decir lo evidente

Cataluña es España,
España es Cataluña.
No hay secesión en el Derecho internacional.
Soberanía no nos quitarán.
La inmersión no es un modelo de éxito.
Hay adoctrinamiento nacional,
no es la estelada bandera de paz.

Golpe

Las calles, los aeropuertos
volverán a ser lo que eran,
lo que eran antes del solsticio,
antes de que la balanza dudara,
antes de que las nubes y el aire se alejaran,
se disiparan.

Lo que eran antes que las semanas
se alargaran como meses de invierno.

Antes de la gran desazón.

Antes de que supiéramos del temor.

Antes.

Cuando el pie no sentía el frío de la piedra.

Cuando había lugar a la ironía.

Lo que eran antes que nosotros fuéramos.

Quizás entonces olvidemos
los días de la soledad;
las horas de la convicción
-puño en el pecho, desazón;
mercurio en la garganta, dolor.

Quizás entonces recordemos
quiénes sufrieron y dijeron,
quienes alzaron la cabeza,
quienes extendieron la mano.

También

los de puño y cerrado corazón.

También.

Ese día el verde cubrirá el blanco
de la nieve y la escarcha en las aceras.
y los que entonces vivan no sabrán
de la música y el olor,
del frío en días de calor,
del beso y del abrazo,
de las calles engalanadas
de los amigos y de los extraños.

No sabrán el sentido de las páginas.

La vida ya no habitará en relatos,

Las fotografías nada dirán.

Entonces nadie quedará
de quienes por unos meses
sentimos el suelo temblar,
de quienes vimos las puertas abiertas

al horror que todo lo acabará.
Los libros no explicarán
que el futuro una hora tenía, no más.
Callarán que la noche podía a mediodía
comenzar.
Dejad ahora que todo acabe de pasar,
abramos los ojos para empezar a soñar.

Arriar la estelada

El día en el que arriaron la estelada
casi llovía, el cielo estaba gris.
Un hombre en la escalera descolgaba
las barras y la estrella apagada,
bandera del oprobio y del dolor,
de la traición y de la imposición,
de los derechos rotos, vulnerados,
del sufrimiento, del puño apretado.
También de nuestra determinación,
de la paciencia, esfuerzo y del tesón.
Baja del mástil el trozo de tela
que nos vino a romper.
Que ese palo seco y vacío nos muestre
cómo a veces el mal no prevalece,
cómo a veces los buenos se mantienen,
resisten, se unen y también vencen.
Que llegue el día en que en esa madera
agite el viento la otra bandera,
la que nos una en paz,
la que nos traiga la prosperidad,
bandera de justicia y libertad.

Lengua

"No em toquis la llengua", diuen.
"Papallona", "amanyagar"...

No. No me toques la lengua, nos dicen.
"Setciències", "enraonar".

Quina llengua és aquesta que ens vols imposar?
Ara et parlaré d'una altra,
Te hablaré de otra lengua
que tampoco deberías tocar.
"Aurora", "rocío", "amistad",
"madre", "manantial", "albergar".

Te hablaré de otra lengua
que también deberías respetar.
"Tarde", "olvido", "dignidad".

Te hablaré de la lengua en que tus hijos
comienzan a preguntar.
La lengua en la que juegan,
en la que los que rezan, aprenden a rezar.

Te hablaré de una lengua
que al entrar en la escuela
los niños han de olvidar.

Una lengua en la que muchos soñamos,
la lengua en la que amamos,
lengua también de nuestra soledad.

Te hablaré de una lengua
sin carteles en la universidad,
sin campañas ni imposiciones,
una lengua que, si no quieres
no tienes por qué hablar.

Sí quieres sigue en la tuya,
recuérdame que no la he de tocar;
llena las calles de publicidad:
"A Catalunya, en català!"

Fracasarás.

Tu odio no me prohibirá
"caritat", "germà", "veritat".

Tu lengua y la mía se mezclarán,
tus palabras y las mías
se besarán, tocarán...

Como hermanas, una lengua y la otra
jugarán.

Nosotros, más allá de imposiciones,
de prohibiciones y lamentos

seguiremos diciendo
"amanecer", "humilde", "desear",
"encuentro", "gozo", "beso".

Alzaremos la cabeza
cuando oigamos un "hermano".

Y un día llegará
en que, también en la escuela,
nuestra lengua, con la tuya,
libres, iguales, reverberarán,
reverberaran.

Razón

Perdida la razón,
turbio el conocimiento,
los que se dicen buenos llaman locos
a quienes la opinión mantienen recta
sin ahora cambiar de parecer
como ellos hicieron.

La continua mudanza es discreción;
conservar el pensamiento, locura;
engaños, gran virtud;
y decir la verdad,
estupidez, la mayor necedad.

Calígula

Calígula extendió su mano fría
y rodeó la mía.
La mano que había hecho ministros
a unos cuantos
más dignos del establo que del cargo.
La mano que no tembló en la traición,
que soportó el engaño,
que dejó abandonados
a tantos que no lo hubieran pensado.
Calígula sonrió
y vi sus dientes perfectos y blancos,
su cara maquillada,
el pelo bien peinado.
Calígula me habló,
como con los otros había hablado.
El aire silbó entre los dientes blancos,
susurró palabras que con malvados
había practicado.
Calígula se fue
y me dejó pensando.
Pensando en servidores destrozados,
en los asesinos glorificados,
en los justos de los que se olvidaron.
Pensando en este país arrasado,
en la división y el odio sembrados,
en los perversos que él ha encumbrado.
Maldito el protocolo
que a tanto me ha obligado.

Nogal

Los que agitan el nogal,
los que recogen las nueces,
las hojas que al suelo caen
y ya no se vuelven a levantar.
Las cubre la ceniza del olvido;
pronto, quizás, la duda, un negro estigma,
la mancha de la culpabilidad.
Tantos que murieron y que se fueron,
tantos enterrados bajo la sombra
de ese oscuro, seco y viejo nogal.
Tantos que ya no ven del mar la espuma,
del bosque el verde, del cielo las nubes.
Tantos.
Calles y parques de otra ciudad,
recuerdos que acaban junto a la muerte,
la sábana, lluvia en el funeral.
Los que agitan el árbol,
los que toman la fruta,
los que aplastan las hojas,
los que entierran los sueños,
los que olvidan; peor,
los que saben, recuerdan y pretenden
que las hojas caídas menos valen
que el poder y las prebendas actuales.
Quienes tengan recuerdos, que los cuenten,
quienes guarden memoria, que nos hablen.
Que nos griten las piedras y las calles.
Que se avergüencen los que agitan árboles,
y más aún los que del suelo toman
frutos rojos de sangre.

IV

La llama entre los dedos



Quedarse

Quedarse.

quedarse sin esperanza,
sin que nadie aún sepa
qué puertas cerrarán,
Quedarse sin saber
qué pasará,
quién prevalecerá,
cuántas humillaciones nos aguardan,
cuántas derrotas acaecerán,
cuánta rabia vendrá.

Quedarse sin arrogancia,
con cierta tranquilidad,
soñando en la distancia
con la justicia y la paz,
Quedarse.

Quedarse convencido,
consciente.

Quedarse como tantos
que no se irán.

Quedarse porque éste es el lugar
al que la vida nos trajo,
donde ellos nacieron,
donde está nuestro hogar.

Quedarse por los que llegaron,
por aquellos que en su día vinieron,
por quienes aquí murieron.

Quedarse también por los que se marchan,
por quienes todo lo dieron,
los cansados que gritan ¡basta ya!
los que no lo entienden... ni entenderán.

Quedarse...
nada más.

Land in trust

*This is my home,
here my journey ended.
I am not better than you,
you are not better than me.
We shall not be friends,
but this is our land,
yours and mine.*

Días difíciles

Frío en el rostro,
ojos vacíos,
pecho en silencio.
Una mano extendida, seca y pálida.
Polvo en la ropa, heridas en la frente.
Junto al cuerpo se vienen los curiosos
y comentan los lances del encuentro.
Que si bueno y valiente parecía,
que si el mucho mérito que tenía...
Uno limpia de sangre el estilete
mientras aguarda el silencio en la plaza.
Ya sin nadie se inclina sobre el cuello
y al oído le susurra un lamento.
“Bien ahí estás,
¿quién te manda resucitar un muerto,
limpiar a un leproso, curar a un ciego?
Este es negocio de tontos y truhanes.
De gente honesta, ni casa ni mesa”.
Envaina el gañán y lento se vuelve
sin reparar en que en el ojo frío
una lágrima como ola cae
y ya por la mejilla, suave, rueda.
Desconfía de muertos
que a llorar llegan.
Otro vendrá
con ojos limpios,
rostro terso y un latido en el pecho.
Una mano que roza dedos secos
para que una idea justa y buena
viva, se extienda, crezca.

Decir

Lo dije, sí.

Roto de indignación,
hastiado de mentiras,
marchita la esperanza,
envuelto el corazón
por gasas de tristeza,
huellas de humillación.

Lo dije, sí.

Dolor de la traición,
risa de los malvados,
quiebra de la justicia,
honra del criminal,
desprecio para el justo,
final de la razón.

Lo dije sí.

Cansado de tibiezas,
harto de los desprecios,
agotado en la lucha,
perdido ya el vigor.

Porque la palabra que a mí me digo
solo a mí pertenece,
solo a mí me la debo,
solo yo la condeno.

Porque ese resto yo me lo quedo,
esa palabra dejo
-prenda de libertad-
junto a mis promesas y juramentos,
junto a lo que he de cumplir y guardar,
al lado de mi serena y antigua
felicidad.

Nos queda la palabra,
para unos hiriente;
para otros, cabal.

Para unos, airada;
para otros, tranquila,
moderada, acertada.

La palabra que no me quitarán;
porque si todo te quieren quitar,
por quitar la palabra empezarán.

Usemos la palabra,
que al igual que la fruta,
se ha de paladear.

Gustemos la palabra,
gustemos de la fruta,
dejémonos llevar,
porque son estos tiempos tan difíciles
que la verdad
con el gusto de fruta
se ha de disimular.

Libre

Si la muerte llega ahora,
si libre entregas tu sangre y tu luz,
si dejas que la ola el pecho quiebre,
si te abandonas,
si las palmas de las manos ofreces,
si no temes la soga ni el puñal...
nadie por ti vendrá.

Los ojos vivos, la carne que tiembla
mientras aguarda la sombra que llega
y tu rostro comienza ya a tocar.

Ver más allá del final
la brisa entre las hojas,
las conversaciones plácidas,
jóvenes que caminan descuidados,
piel que brilla en el claro atardecer.

Gozar más allá de la oscuridad
sonrisas y amores, suaves caricias
que ya no sentirás.

Si cambias el temor de este instante
por vidas sin violencia ni injusticia
que otros -desconocidos- tendrán;
si hoy la muerte aceptas
sin reproches ni esperanzas, confiando
sí

que algún día la hierba crecerá,
cubrirá las piedras ensangrentadas,
verdearán las rocas arrojadas
y nadie entonces ya recordará
este dolor fatal.

Confiando, sí
que esta noche a punto de llegar
sueño será, oscuro y frío, mortal;
pero sueño al fin, sueño del que alguien,
-otro- despertará.

Confiando, sí
en la mañana en que el niño o la joven,
la mujer o el anciano,
serenos y tranquilos, aburridos quizás,
ignoren que la libertad que tienen,
la seguridad, la prosperidad;
aquí fueron ganadas,
la tarde en que supiste

que esa mañana que no verás
más importa que la vida que pierdes,
que el recuerdo y la memoria
que contigo desaparecerán.
Si estas cosas haces,
un beso -el mío- en la frente, al morir,
recibirás.

Walking dead

*To walk till death,
to fight till the end,
to understand everything,
not to hate anything,
to catch sounds and feelings,
to listen, to see...
They are not walking dead,
they are just human beings.*

Rojo, verde

Rojo, verde,
negro y blanco
colores de una bandera;
de la bandera que miran
extasiados
quienes bajo el cielo gris,
con el fusil en la mano,
confían en el milagro.
Bandera que ilumina
vidas de tantos
que en la pradera aguardan
la luz que les regalan
palabras engendradas
con dientes, sangre y manos;
palabras que se entregan
al aire y a los vientos,
que vuelan y penetran
los oídos atentos
y los corazones desamparados.
Gozan pese al fusil entre las manos
porque ahora comprenden
el gris del cielo,
el verde de los campos,
el blanco de la carne,
el negro de la muerte
y el rojo de los labios.

Recuerdo

Rompieron su cabeza,
quebraron sus huesos,
uno a uno
segaron sus dedos.
Su cuerpo muerto arrojaron
en algún lugar olvidado.
Nos prohibieron su recuerdo.
Me he rebelado
y conservo una foto
que a escondidas beso.
Ayer me la quitaron.
Me arrancaron los ojos,
me cortaron las manos.
Esto que dicto,
en la noche,
será quemado.
Con mi último aliento os digo:
vencerán
y en el olvido nos enterrarán.
¡Recordad!

Derrota

No todas las causas son nobles,
no todas las luchas loables.
No siempre los buenos prevalen
ni se agostan las flores repugnantes.
La derrota genera compasión,
Caen las lágrimas ante el vencido,
se enturbia el alma frente al vencedor.
Que los ojos del humillado
olvidar no te hagan
a quien él humilló,
Que piedad no adelante
de la lucha el final.
Que la justicia impere
antes de que la lástima
pueda en ti entrar.

V

Nieve

Hueso y estrella

Mide el hueso y apunta.
Libreta y bata, blancas y ceras.
Luz clara de la tarde
en las estancias quedas.
Polvo bajo las uñas,
amarillo en el cielo;
se vacían las cuencas;
el tiempo corre en relojes de arena.
Hace su tarea el gusano,
deshaciendo la carne en la tierra.
Arriba pican terrones
y hablan de la guerra.
Mañana gris, aire de la sierra.
El alba ha visto
mujeres llorando
monte arriba, en el bosque,
cerca del santo.
Barro húmedo y negro
sobre corazones tibios.
Los últimos latidos
los dieron bajo tierra.
En la noche tiemblan,
buscan los ojos una esperanza,
batén los corazones,
aguantan las tibias
el peso de la carne
que presienten ya muerta.
Repara en que en el hueso se ha prendido
la punta de una estrella.

Cementerios lejanos

Cuando cansado el cuerpo se detenga
y en la tumba se pudran tus recuerdos.
Cuando hacia el suelo caiga tu mirada
y el azul del cielo ya sea negro;
no mires qué tierra acoge tus restos,
no escuches argumentos de tus deudos,
no persigas que una cruz señale
tus victorias y esfuerzos.
Sonríe y piérdete.
Olvídate de famas y de flores,
banderas, himnos y laureles secos.
Que griten tus huesos desde lo oscuro
que lo que ahí hay es solo de un hombre
envoltorio, aderezo.
Que ningún muerto es más
que el vivo más pequeño.
Honras no quiero,
Un instante de luz,
una mirada, un beso...
Si nada de esto puedes ya darme
inútiles son tus falsos requiebros.
Dejad ya mi mortaja reposar.
En mí crecen las flores y los setos,
cantan los pájaros y sopla el viento.
Aquí sentí mi último latido,
En este lugar el reposo encuentro.

Muertos

¡Líbranos Señor del notario de los muertos!
De quienes miden tamaños y emplazamientos,
de quienes deciden dónde han de estar los restos
de aquellos que hace tanto murieron.
Quien no se haya visto en la mañana
temblando ante el cielo enrojecido,
el ruido de mosqueteros y la risa
de quien te va a matar.
Quien no haya sentido las rodillas
quebrarse por las balas,
plomo en los pulmones y fuego seco
que sin aire te deja;
quien no haya sentido más la rabia
de la derrota que el miedo a la muerte;
quien no haya odiado y amado y luchado,
matado y perdonado;
quien no se haya dejado llevar
por la venganza y la ira, el rigor
de la justicia, el deseo de paz;
a quien todo esto le sea ajeno
¿qué ha de juzgar?
Líbranos de los tribunales del pasado,
de quienes invocan odios,
de quienes mueven cadáveres,
de quienes dictan verdades
y sepultan las dudas.
De todos ellos, líbranos Señor,
danos razón, conciencia y humildad,
valor y comprensión, sabiduría
para guardar olvidos y recuerdos.
No hay ni tumba hermosa ni muerte pacífica.
Bajo el oscuro mármol viven los gusanos,
en la cripta resuenan disparos antiguos
que hablan de derrotas y fracasos,
de pérdidas que ningún honor tapará.
No hay muerto mayor que el vivo más pequeño.
Todos los muertos han sido vencidos.
Si con los suyos descansan, dejémoslos
o entre tierra o en granito reposar.
Solo por una flor poner o un nombre
un cuerpo se puede desenterrar.
Si no es por eso, ninguna disculpa habrá

para los recuerdos de un muerto perturbar
¡Líbranos Señor del notario de los muertos!
Que quienes miden tamaños y emplazamientos
que tracen parques y no cementerios.

Paz, libertad, palabra

Escribieron en piedra
"paz", "libertad", "palabra".
Enlazaron tu nombre
con la negra fecha de oscuridad.
Taparon tus restos con una losa,
dejaron fuera el llanto,
los paseos tranquilos a tu vera,
las horas con los hijos,
brisa, nieve y lluvia, algunos abrazos.
Sabes que desde entonces,
comienza a contar del olvido el término.
Llegará el momento en el que nadie ponga
rosas rojas a los pies de tu tumba.
Tus hijos y los suyos morirán,
el tiempo borrará tu noble rastro,
el recuerdo se desvanecerá.
Pero entretanto...
tu lecho ha de ser de la paz santuario;
tu nombre, llamada a la libertad;
tu vida y muerte; clamor de igualdad.
Ha de ser -entretanto- tu sepulcro
hogar y fortaleza de los buenos,
resguardo de los que luchan y sufren,
símbolo de unidad.
Las palabras que entonces se grabaron
como campanas han de resonar.
Esa sepultura no es solo tuya,
no es solo de tus hijos o tu viuda;
de tus amigos, de tus compañeros.
Esa sepultura también es nuestra,
y aquellos que la manchan o profanan
a todos nosotros es a quien matan.
Qué triste y miserable se ha de ser
para la casa de un muerto ensuciar.
Cuánta maldad encierra
lanzar a las lágrimas excrementos,
emborronar la piedra que acarician
quienes una mano ansían rozar.
Cuánto odio se esconde
en quien no deja a los muertos en paz,
en quienes quieren que sufran los vivos
que no pueden sufrir más.

No nos hagas, mi Señor, como ellos,
que, como dijo Sara, mantengamos
el dolor por los dolores ajenos,
el amor, la verdad.

Consérvanos, Señor,
lo que nos hace humanos.

Danos las entrañas para llorar,
corazón para saber perdonar,
convicción para nunca abandonar
y fuerza para, juntos, ser capaces
de llegar al final.

Nieve

He querido contar
cuántas veces la nieve ha descendido
hasta cubrir el gris de vuestras tumbas.
Cuántas veces la lluvia ha golpeado
vuestros nombres en piedra bajo cruces
sencillas como casas de inocentes.
He querido contar
días, vidas, encuentros, alegrías.
He querido contar las oraciones,
besos, riñas, desdichas.
Lo que cuentas no muere. Lo que recuerdas vive.
No quiero vuestra muerte,
no quiero vuestra entrega y sacrificio.
No. No la quiero.
No quiero esas nubes invernales,
esos árboles de ramas desnudas,
esos setos rojizos.
No. No los quiero.
No quiero un cielo denso de cemento,
un suelo mortecino,
hierba cortada y seca,
el jardinero que fuma a escondidas
un poco más allá de las cruces sencillas.
Una vida intranscendente, perdida,
olvidada de principios y honores,
de serios compromisos.
Olvidada de ese sol postrero a la tarde
cuya luz te roza el rostro un instante,
como si Dios acercara sus labios
a tu mejilla, a tus ojos y frente.
Esa luz es una vida,
la vida que dejas por esta tumba,
las ramas de abeto sobre la piedra,
el seto rojizo, la cruz sencilla.
¡Devuélveme a la vida tú que me amas!
Déjame disfrutar una vez más
del tibio sol de febrero,
una larga mañana de domingo,
el olor del jazmín en el verano,
el aire de las cumbres en la cara.
Tú que me amas, sácame de la tumba,
devuélveme a la vida que perdí.

...

Tú que me amas, ¡ayúdame!
Dame fuerza en el último momento
para ver más allá de nuestras muertes
el mundo que mis amigos tendrán,
las ramas de abeto, la cruz sencilla,
el seto rojizo, la piedra gris,
la calma y la felicidad de muchos,
tranquilidad serena, risas, paz.
Tú que me amas, extiéndeme la mano,
no me dejes partir en soledad.
Tú que me amas, que no muera el recuerdo.
Siéntate a nuestra vera,
cuenta los copos de nieve que caen
sobre los nombres grabados en piedra,
ten paciencia y mira cómo la lluvia
se desliza y moja la tierra negra.
Reza las oraciones que aún sepas.
Imagina las vidas que entregamos.
Cuenta, cuenta.

Índice

I. La città dolente.....	p. 5
II. Hijos del barro	
Mercado.....	p. 13
Todos nosotros.....	p. 14
<i>The migrant</i>	p. 15
Un ojo azul.....	p. 16
Horroroso padecimiento.....	p. 18
Silencio.....	p. 21
Palmira.....	p. 23
Revolución.....	p. 25
Noche negra.....	p. 26
El horror de la guerra.....	p. 28
Europa.....	p. 29
<i>It is always the same</i>	p. 30
III. A esta hora, en este lugar	
Encuentro.....	p. 33
Evidencia.....	p. 34
Golpe.....	p. 35
Arriar la estelada.....	p. 37
Lengua.....	p. 38
Razón.....	p. 40
Calígula.....	p. 41
Nogal.....	p. 42
IV. La llama entre los dedos	
Quedarse.....	p. 45
<i>Land in trust</i>	p. 46
Días difíciles.....	p. 47
Decir.....	p. 48
Libre.....	p. 50
<i>Walking dead</i>	p. 52
Rojo, verde.....	p. 53
Recuerdo.....	p. 54
Derrota.....	p. 55
V. Nieve	
Hueso y estrella.....	p. 59

Cementerios lejanos.....	p. 60
Muertos.....	p. 61
Paz, libertad, palabra.....	p. 63
Nieve.....	p. 65

